

Vivo en una casa de la que nadie se ocupa.

Alguna vez esto fue un lugar ruidoso, donde dos niños jugaban, donde sus padres discutían. Ahora sólo hay un incesante cuchicheo cuando las tres personas que aún habitan la casa se reúnen con amigos o con familiares, o cuando discuten entre sí, casi siempre por dinero, por malos entendidos, por los agravios del pasado y del presente. Es raro que convivan, aunque sus tiempos coincidan en ella. Cada uno tiene su guarida, por lo general intercambiable, no necesariamente confinada a una habitación: se lee, se toca la guitarra, se escucha música, se llenan cajas de cartón con objetos múltiples: ropa, documentos, fotografías... Esas mismas cajas se cierran, se tapan, se colocan en la repisa más alta del armario, se guardan debajo de alguna cama, o bien se les deja afuera, cubiertas con un mantel, y encima se les ponen libros, portarretratos huecos, herramientas, carretes de hilo, botellas vacías, velas consumidas, láminas de vidrio...

No hay un espacio libre de polvo. Es como si cada rincón guardase un secreto en aras de ser olvidado, de-

bajo de todas esas capas de harapos y papeles, de metales retorcidos, encendedores y monedas, fotografías recortadas, pantallas de lámparas, hojas sueltas de cartas infinitas con fragmentos de tinta escurrida... Es como si la casa, inacabada, se hubiera dejado envejecer: algunas de las piezas quedaron incompletas, algunos armarios no tienen puertas, la mayoría de las paredes no está pintada ni tapizada; quedaron sucias y grises, pringadas y salpicadas de ríos secos y manchas color marrón, a veces cubiertas por grandes óleos, también inacabados. En el piso, lo que predomina es cemento en bruto, con algunas excepciones: la alfombra en la habitación de la madre y la duela en la pieza de la hermana; sin embargo, en la sala y en el taller parece como si algunos trozos de alfombra hubieran sido recortados, dejando el piso al descubierto. Tampoco hay suficientes cortinas y en las piezas periféricas de la casa entra mucha luz, a pesar de que ésta es una casa fría, muy fría, sobre todo durante la noche. Uno busca encender alguna luz, pero no todas las bombillas funcionan.

A esta casa se le fueron añadiendo pisos y habitaciones pero, al final, nada se terminó por completo. Aún quedan muchas cosas por reparar y construir. Es una casa mediana, cuyas habitaciones son todas pequeñas, a pesar de que los muebles son grandes y estorbosos, como el armario donde a veces me escondo.

Cuando las otras tres personas que habitan la casa escuchan música, el frío se aligera y sólo entonces se da una intensa compatibilidad de silencios. Es lo que más me gusta pues, sin importar en qué rincón me encuentre, la música llega a mí y es el único momento en que me siento parte de este lugar.

Algo similar me sucede en las fiestas: me gusta escucharlos reír y cantar, pese a que en ocasiones como éstas debo andarme con especial cuidado para no ser percibida por nadie. Los invitados son muy curiosos (como lo era yo cuando venía aquí en calidad de invitada) y, con el pretexto de encontrar el baño o conocer el taller del artista, se meten por todos lados. A estas alturas, mi oído se ha vuelto más alerta, así que, en cuanto escucho que algún desconocido sube los escalones, me precipito a esconderme en el armario de la recámara de la hermana o en el baño desusado. Pero mi refugio infalible es la azotea. Ahí hay un cubo de concreto al que le hacen falta el techo y una pared. Es lo suficientemente alto para cubrirme si estoy en cuclillas y tan angosto como para mitigar el frío. En él me introduzco los días de fiesta. Las carcajadas me llegan mecidas por el viento, al igual que las canciones. Ya conozco el repertorio y el orden de las mismas. Ya sé cuáles hacen que él baje la mirada para ocultar sus lágrimas. Es difícil que alguien se dé cuenta y, de ser así, lo más seguro es que prefiera respetar al artista y no preguntarle si se acuerda de alguien o por qué se ha entristecido. Él no diría la verdad. Hace varios años que aquí no se pronuncia mi nombre. Las últimas veces él se llenó de ira: profirió insultos, gritó, arrancó cables, lanzó vasos y botellas contra las paredes... nada que me asuste ahora. Conozco bien esos arrebatos. Presencié tantos... Pasé del miedo a una secreta fascinación, siempre en espera de un aumento de fuerza y violencia, siempre en espera de sangre.

Sin embargo, él se permite nombrarme cuando cree estar solo y... No, no diría que me nombra, más bien me llama, como haciendo un reclamo a destiempo.

Y vuelve a arrojar cosas contra las paredes, aunque con menos fuerza, y trabaja hasta que sus trazos se expresan con furia: cada vez mejor y más aprisa; trabaja de modo creciente hasta llegar a la cúspide. Ahí está: ha capturado el gesto, esta vez de súplica, de la misma mujer que últimamente ha poblado sus cuadros. Hay en sus ojos un miedo exánime y es la boca, la boca precisamente, la que se tuerce, la que implora. Es como si hubiera arrancado la mueca de la mujer suplicante para pegarla en el lienzo. Ahí está, él lo sabe y tal vez por eso se detiene, se hinca en el suelo, se lleva los brazos al estómago y empieza a sumirse, a encogerse hasta soltar las manos. Está tembloroso y desarropado. Lloro y me nombra con un soplo que sólo yo escucho.

Estoy detrás de la puerta de su estudio y desde ahí lo nombro aún más quedamente para que no sepa de mí, aunque podría asegurar que él percibe algo, quizá mi sombra, pues a los pocos instantes se reconforta y busca mis fotos y hojea mis cartas y esta vez no me llama, pero sonrío. Esa sonrisa solía ser todo lo que necesitaba para creer que estaba en el lugar indicado una vez que habíamos tenido otra disputa. Era una sonrisa que brotaba de su corazón, que nacía y renacía de un arrepentimiento cíclico, que develaba, en efecto, su humanidad, porque era simplemente humano, no un loco ni un ermitaño, como solían decir algunos vecinos.

Es un hombre, he vuelto a comprobarlo. Sus lágrimas, su cuerpo abatido, su rendición ante la madrugada, su espíritu regocijado, su cabeza mirando el piso tras la derrota, todo ello vuelve a recordármelo: es un hombre, siempre fue un hombre, y por el modo en que me hacía estremecerme quizá fuera más que eso. Así

solía acurrucarse y yo lo miraba, temiendo que levantara la cabeza y me mirara, pues sus ojos, después de ese tiempo de ensimismamiento y reposo, volvían a mí como dos abismos de incontrolable atracción. Y se levantaba del piso, estiraba los brazos y las piernas, y erguía la cabeza, mientras que yo me inclinaba y agachaba y terminaba llorando a sus pies. Ahora, cuando lo veo recogerse, me marcho antes de que levante el rostro. No quiero saber qué es lo que hará cuando mis ojos se encuentren en línea recta con los suyos.



Estoy entre tres paredes de concreto, en cuclillas. Casi inmóvil. Casi volando. Un viento suave comienza a jugar con mis cabellos, al principio apenas sacudiéndolos hasta al fin alborotarlos, desenredándome los del cuello, llevándolos a rasgar mis ojos, a entrometerse en la rendija de mi boca semiabierta. Los cada vez más delgados mechones se multiplican y, remojados por la lluvia, se adhieren a mi rostro. Las serpientes que antes coronaban mi cabeza forman una máscara. De veras, no estoy llorando. Es sólo esta lluvia y me parece que no quedan más invitados.

Tal vez podría asomarme por la ventana.

Comienza a oscurecer y las voces comienzan a silenciarse. Desde aquí, escucho que algunos de los invitados se despiden. Cuando oigo voces desconocidas, me asomo con cautela. Hay gente que ya no regresa o lo hace de vez en cuando. Algunos se vuelven amigos y, por lo tanto, asiduos de la casa. Otros son invitados por él a regresar con el pretexto de que conozcan su taller y su obra, y con la intención de hacerles un retrato, y más aún si son mujeres atractivas. Desde aquí suelo adivinar

a la elegida. Tenemos los mismos gustos. Quienes llaman mi atención capturan también la suya. Suelen ser esa mezcla de inocencia y madurez, no importa cuál sea su edad, pero con un aire tierno y dominante al mismo tiempo. Suelen ser reservadas, aunque en verdad ocultan una explosión latente. Suelen parecer más bonitas que sensuales y, por tanto, sorprender con toda su voluptuosidad una vez que él les pide que se desnuden, y cuando después de haber roto la timidez de los primeros minutos, se desenvuelven en poses y gestos tan sugestivos, tan atrayentes, tan dolorosos...

Desde la azotea es posible asomarse al taller a través del tragaluz. Lo hago con mucho cautela a fin de no ser sorprendida, sobre todo si está completamente iluminado. Es mejor asomarse cuando está a oscuras o a media luz. Es raro que las personas se vuelvan hacia arriba, a menos que estén distraídas o acostadas. Cuando así sucede, la mayoría reacciona con miedo. Varias veces he escuchado gritos. Al principio yo también me asustaba y corría a esconderme en el cubo de concreto, en el viejo armario, en el baño desusado. Ahora no, a menos que alguien suba a buscarme.

Gran parte de las mujeres que visitan este estudio disfrutan desnudarse y se empeñan en seducir al artista, a pesar de la gran concentración que él consagra a su trabajo. Muy pocas logran distraerlo, pero eso tampoco reconforta a quien por algún tiempo creyó que sería la única mujer en su vida. Eso no significa que en aquel entonces no tuviera celos. Vaya que los tenía. Eran violentos y desmedidos, eran nada junto a la tristeza que hoy siento cuando lo miro enamorar a otra mujer, porque es así: ahora lo veo y a pesar de mi tristeza, me

quedo ahí, me quedo callada.

Si es de día, me duele menos aún, así presencie una serie de desnudos y acercamientos, pero si es de noche, si es de noche llego a estremecerme un poco.



Afuera ha oscurecido. Es él. Acaba de llegar. No viene solo. Escucho las risas de una mujer. Sé lo que me espera. Por un momento me lleno de recuerdos, de recuerdos que antes de ser hechos habían sido visiones, que como visiones solía contárselas en aras de que me ayudase a idearles un escenario.

Sólo espero que se trate de otra mujer. La persistencia me inquieta. No me gustaría atestiguar este juego de seducciones entre él y una sola mujer. Me lleva a creer que mi historia puede repetirse con alguien más.

Nunca antes la había visto. Es joven y de cabellos largos. Al fin se desabriga de un modo predecible: sus senos grandes y firmes, sus piernas abiertas, su mano muy cerca de la entrepierna, sus ojos fijos. No sé si se trata de una modelo experimentada o de una mujer naturalmente seductora. Sólo sé que es de noche y que mi corazón late un poco más aprisa.

Hasta hace unos minutos él estaba dedicado totalmente a reproducir el cuerpo, la postura y, especialmente, los grandes ojos oscuros de la mujer. Ahora le hace trazos invisibles en la piel, pasea los dedos por en-

tre los pliegues sudorosos, los lleva a su boca y a la de ella. No puedo moverme. En otras circunstancias me habría marchado presa de la indignación, hubiera gritado o abofeteado a ambos o arrojado alguna de las pinturas contra la pared. Ahora no hago más que mirarlos.

Qué familiar parece serles el desnudo a todas estas mujeres.

En cambio, yo nunca logré desinhibirme del todo. Es ahora cuando, a pesar de postrarme desnuda ante él, ni siquiera me mira. Tal vez pretende no verme; solía hacer eso. Sin embargo, a veces me basta verlo para que mis labios se colmen. Es como si mis manos, de tanto desearlo, lo adivinasen en la cuesta de mi talle. Una primera caricia en mi cintura, casi imperceptible, y luego un fuerte estrujón, como si moldeara mi cuerpo.

Pero ahora está tocando a otra. Frota su cuello, su rostro, su pecho. ¿Quién es? Nunca soporté a las mujeres de su pasado, nunca aguanté imaginarlo enamorado a otras. Bastaba que hiciera algún comentario o que yo descubriera alguna pequeña evidencia que confirmara mis inválidas sospechas, para empezar a sentir un remolino gestándose con fuerza dentro de mí, amenazando con sobrepasar mi cuerpo, llevarme consigo y acabar por azotarnos contra las paredes o arrojarnos al vacío.

Más de una vez quise saquearlo: robar sus recuerdos, sus vivencias, sus mujeres de cuerpos como esculpidos.

Le dije:

—En mi boca caben todas. Dámelas.

Le pedí que dedicara a mi cuerpo los minutos que le había tomado convencerlas, una a una, de posar para él, de aflojarles la hebilla y desabotonarlas.

Supliqué por revolcarnos en los mismos restos de alfombra, aquella sucia y rasposa; por acostarnos en el mismo catre, mugriento y abollado; por golpear nuestros cuerpos contra el suelo. Quería imaginar su lengua en sus cuellos, sentir los tumbos, escuchar los gritos y el crujido incesante de la madera.

Había tanta osadía en nuestras anécdotas, sobre todo en las que nos relatábamos por la noche. Yo disfrutaba con hacerle creer que antes de él había tenido muchos más amantes, que la prueba estaba en mi cuerpo.

—Ha sido invadido por más de uno —intentaba, por todos los medios, decirle.

—El mío siempre ha sido honrado —acababa por confesarme, mirándome compasivamente.

Aparentábamos ser resueltos, audaces, promiscuos y, apenas nos mirábamos, retrocedíamos. Creo que ambos teníamos miedo. Pero hoy ese amor no es más que eso: amor escrito, a-m-o-r deletreado, amor como estampa, porque sus manos están tocando a otra. Estoy mirándolos desde el tragaluz y a pesar de que mi corazón palpita un poco más aprisa, me pregunto: ¿cuántas veces quise esto?

Cuánto anhelaba presenciar algo así: no ser más que un animal hambriento y devorar estos pasajes. No ser más que un par de ojos y saturarme de sus proezas, las más lascivas, las más hirientes.

Que ocurra, es tiempo ya.



El barrio donde vivimos está situado en los alrededores de la ciudad, en la zona montañosa. Es el barrio de la niebla y los perros vagabundos. Nuestra casa se encuentra casi en la cima, en el punto exacto donde se juntan los tres caminos.

El principal de ellos es el de la cuesta empinada: descendiendo por él se llega a la carretera. Por las mañanas la gente toma este camino para ir a sus trabajos y vuelve a tomarlo cuando regresa a sus hogares.

El que va hacia el oriente es una callejuela llena de casas y algunas tiendas; conforme uno baja por él, las viviendas son más pobres y pequeñas. También en esa calle se encuentra la iglesia. Los domingos se instalan mercados, y el colorido de las frutas le confiere un aire de festividad. Desde luego un aire engañoso, que sólo se percibe los domingos, para ausentarse el resto de la semana, cuando las calles están deslucidas y taciturnas.

El tercer camino está al poniente y desde ahí se antoja interminable: en él hay pocas casas y lo que predomina son segmentos de bosque y lotes baldíos. Algunas de las casas parecen haber sido abandonadas,

incluso antes de habitadas. En esta parte del barrio hay construcciones y obras que se quedaron a medias, al igual que esta casa.

Ese empeño, de pronto interrumpido, de añadirle pisos y habitaciones, la ha vuelto a un tiempo inacabada e interminable, como si estuviera ávida de arañar los cielos. Cuando estoy ante sus puertas y levanto la vista, me da la impresión de que la casa quisiera rebasar por sí misma los marcos y romper los techos. No está conforme con los cristales de las ventanas, salvo con los del taller, pero es que desde ahí la vista es espléndida; desde ahí, el silencio se vuelve el hogar de los pasos solitarios, de los gritos que inquietan la vigilia de quienes trasnochán; desde ahí la casa observa y tengo la sensación de que ante esos ojos mi extravío no es más que un laberinto.

Cuántas veces anhelé que ninguna otra mujer pudiese llegar hasta aquí, que todas murieran en el camino. ¿Qué busca esta casa? A veces pienso que si el viento continúa soplando tan fuerte como lo hizo esta mañana, la espiral de escalones arrancará sus cimientos de la tierra.

La primera vez tomé el camino principal, el que asciende desde la carretera. Estaba tan cansada, estaba por desfallecer y lo único que me mantuvo en pie fue llegar a la que entonces creía la casa de mis sueños: la señorial, la del portón de madera, la que rebasaba los marcos y estaba próxima a romper los techos. Debí imaginar que por reiterativa, por seductora y atrayente, sería la casa de mis pesadillas o, debo decir quizás, de la pesadilla en la que me encuentro y de la que no logro despertarme.